

Nosotros, los otros y los miedos. Inseguridad(es), alteridad(es), desconfianza(s)

Damián G. Corral

UNGS-Conicet

Av. Belgrano 4099 1º 6, Ciudad Autónoma de Buenos Aires

dcorral@ciudad.com.ar

Mesa temática (Nº 12): “La institución imaginaria de la sociedad”.

1. Introducción

El miedo es tan viejo como el viento y, sin embargo, sigue acechando. La búsqueda por conjurar los efectos de distintos tipos de amenazas, fragilidades y miedos ha sido un rasgo característico de los grupos sociales que transitaron por la historia de la humanidad. La ciencia dio respuestas a las disímiles enfermedades que la naturaleza provocaba y la constitución del Estado puso freno y reguló la violencia y el afán egoísta de los individuos. En la modernidad, las instituciones socializadoras, reguladoras del conflicto y de control restituyeron la vitalidad de un resquebrajado pacto social.

Para Jean Delumeau el miedo es aquella “percepción de una amenaza exterior pero también como una emoción “liberada de su vergüenza” (Delumeau, 1989). Definición sobre la cual pivotea Roxana Reguillo al precisar que el el miedo es siempre una “experiencia individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida” (Reguillo, 1998: 5).

En el presente trabajo exploraremos algunas perspectivas teóricas, que, desde la filosofía a la sociología, han reflexionado directa e indirectamente sobre el miedo, las inseguridades, el riesgo y la confianza en la sociedad moderna. Focalizaremos luego cómo se recorta el problema de los miedos sociales en distintos sectores socioeconómicos en la actualidad de nuestro país desde tres dimensiones analíticas:

a) La especificidad del miedo

- b) relación miedo-alteridad: ¿cómo se construye la imagen del otro amenazante? ¿Cuáles son los rostros portadores del miedo y dónde residen? ¿Qué narrativas se configuran en torno a la dimensión espacio-temporal del miedo y a su distinta naturaleza? ¿Qué dinámica asume el modo de interacción con quien genera miedo y –o desconfianza?
- c) Desplazamientos y sentimientos colectivos: del miedo a la desconfianza, de la incertidumbre a la frustración y/o al fatalismo. La desconfianza como relación social, atravesada por el miedo. Pobreza, crisis e inestabilidad económica como fuentes de la preocupación normativa en torno a la inseguridad.

Se tomará como apoyatura empírica registros de observación tomados en el barrio La Golondrina de Tigre entre mayo del 2003 y agosto de 2004 y cuarenta entrevistas realizadas entre agosto de 2004 y julio de 2005 en sectores bajos, medios y medios-altos del gran Buenos Aires y de Capital Federal.

2. El miedo como problema político

El miedo aparece como problema en la filosofía política moderna de la mano de Thomas Hobbes. Testigo del desmembramiento de un orden social que descansaba en marcos colectivos de pertenencia y en tradiciones fuertemente enraizadas tras las guerras religiosas en Francia y la guerra civil inglesa, Hobbes utilizó la metáfora del *estado de naturaleza* para problematizar una “sociedad de individuos”, carente de estado, ley, derecho e instituciones, y prisionera de pasiones e instintos que desembocaban en la “guerra de todos contra todos”. El estado de amenaza permanente vuelve a los individuos desprotegidos y funda la necesidad imperiosa de generar condiciones de seguridad, como elemento primordial para sentar la convivencia pacífica

entre los individuos. El estado absoluto mediante la monopolización de los poderes políticos fue para Hobbes la única alternativa para resguardar a los individuos, liberarlos del miedo y garantizarles libertad en su fuero íntimo. La condición de posibilidad de una sociedad civil armónica en términos de deseos e intereses, supone entonces una renuncia al involucramiento de los individuos en los asuntos públicos y una total delegación de su voluntad al Estado.

Otra vertiente desde el punto de vista conceptual vincula al miedo con la *inseguridad social*, temática que aborda Robert Castel. La miseria de los sectores obreros durante la primera industrialización evidencia un estado de inseguridad social que los sumía en una lucha cotidiana por la sobrevivencia y a una ausencia de control sobre sus condiciones materiales de existencia. El Estado de derecho liberal del siglo XIX no modificaba esta condición de desigualdad que afectaba a quienes no eran propietarios. Para Castel se logró vencer la inseguridad social mediante la edificación de un conjunto de protecciones colectivas al trabajo y a través de la construcción de una nueva modalidad de propiedad que permitiera “la rehabilitación de los no propietarios”: la *propiedad social*. (Castel, 2004, p. 46) Así, el nuevo *estado social* se orientó a la reducción de riesgos mediante la extensión de los derechos sociales, como nueva carta de ciudadanía para los sectores no propietarios. En la sociedad industrializada, se produjo un debilitamiento de las protecciones por proximidad y una consolidación de los sistemas de regulación colectiva en los que se inserta el individuo.

3. Individualización e integración social: dos perspectivas

La problematización en torno a la relación entre procesos de integración social y dinámica de la individualización presenta dos perspectivas teóricas antagónicas: una que enfatiza los problemas de integración social generados por los nuevos procesos de

individualización. En efecto, Castel plantea una nueva forma de anomia vinculada con la desestructuración de los marcos sociales de integración social y un consiguiente incremento del individualismo, focalizando el análisis en las consecuencias provocadas por la decadencia de la sociedad salarial. A la luz de las nuevas transformaciones operadas en la sociedad moderna con la crisis del Estado de Bienestar y de las regulaciones que éste había instituido, la desintegración del tejido social y la creciente masa de excluidos, una *nueva cuestión social* se abre en las postrimerías del siglo XX. En la problematización que realiza Castel de este nuevo fenómeno, presta especial atención a la inestable situación en que se encuentra el individuo ante el desmoronamiento de los grandes colectivos que lo contenían y que actuaban como matrices desde donde podía “desarrollar su autonomía”.¹

La perspectiva opuesta, refiere a un nueva matriz societal denominada como “sociedad de riesgo”(Beck), donde los marcos colectivos se resquebrajan y en su reemplazo emergen nuevas dinámicas de socialización como producto del distanciamiento entre estructuras objetivas y subjetivas. Desde este enfoque conceptual, el proceso de individualización debe leerse a la luz de las nuevas condiciones de integración social de la sociedad contemporánea, donde ni la política en el sentido clásico ni el trabajo continúan siendo claves para la sociabilización. Ulrich Beck formula la teoría de la modernidad reflexiva para designar el tránsito de la sociedad industrial a una época que se define por sus riesgos –políticos, ecológicos, técnicos, educativos- y que denomina como *sociedad de riesgo*, en tanto resultante de los

¹ Ver Castel, Robert, *La metamorfosis de la cuestión social*, Paidós, Buenos Aires, 1997, Prólogo y Conclusión: “El individualismo negativo”.

procesos de modernización que engendraron nuevos problemas, transformadores de los fundamentos de la sociedad industrial. ²(Beck, 1997, 24).

Desde otra perspectiva de análisis, Niklas Luhmann problematiza el concepto de riesgo en relación con la *fiabilidad* y traza una distinción entre riesgo y el peligro. La fiabilidad supone un conocimiento de las circunstancias del riesgo, concretamente de los riesgos de una decisión. En efecto, el riesgo aparece cuando los daños potenciales son consecuencia de una decisión tomada. En tanto el peligro es un daño provocado desde el exterior, no previsto. Para el autor, un peligro deviene riesgo sólo si se lo puede neutralizar evitando decisiones. De aquí la importancia de la contingencia para la definición del concepto: el daño puede ser evitable. Aún así, ninguna conducta está exenta de riesgos; cuanto más se sabe más aumenta la conciencia de derechos (Luhman, 1998: p.23). En tanto Giddens afirma que toda circunstancia de riesgo lleva implícita el peligro. Enfatiza en el concepto de *fiabilidad*, central en su análisis sobre la modernidad tardía. La fiabilidad se define como “confianza en una persona o sistema, por lo que respecta a un conjunto dado de resultados o acontecimientos, expresado en esa confianza cierta fe en la probidad o el amor de otra persona o en la correlación de principios abstractos (conocimiento técnico). La fiabilidad se orientará a neutralizar o acotar los peligros inherentes a determinados tipos de actividades. ³

Ahora bien ¿Cómo se produce una relación de confianza? ¿Cuándo y de qué modo se puede confiar en el otro? Focalizando su análisis en los procesos de transición democrática en América Latina, Norbert Lechner plantea que la confianza se aboca a fortalecer el horizonte de incertidumbre aceptable como modo de controlar el derrotero

² Beck, Ulrich (1997), “Teoría de la sociedad de riesgo” en Beriain, J. (comp.) *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*, Anthropos, Madrid, pp. 201-222.

³ Lo que Giddens denomina como “riesgo aceptable” o seguridad expresa un equilibrio entre la fiabilidad y el cálculo del riesgo, es decir, la minimización del peligro, aun cuando esté varíe de acuerdo a diferentes contextos. Giddens, Anthony (1994), *Consecuencias de la modernidad*, Alianza Editorial, Madrid.

de los acontecimientos cuando se tiene conciencia de que se debe convivir con la inseguridad del futuro. Por esta razón la confianza evita percibir en el otro una amenaza y construirlo como un *alter ego*, compartiendo la responsabilidad del futuro. Para que esto sea posible, el vínculo se construye a partir de una *entrega* de confianza como modo de compromiso arriesgado sin tener la certeza de una reciprocidad –“una oferta voluntaria”; se pone en juego una autorepresentación y el sostén de la misma a lo largo del tiempo pero en un marco de interacción, es decir, de obligación recíproca, exposición común. En la extrapolación de esta problematización al campo político, la confianza funciona para el autor como “un crédito a plazo” en relación a lo prometido y a las expectativas creadas en función de ello; acota provisoriamente el umbral de incertidumbre. Confiar en un orden democrático supone no sólo la generación de una identificación de la ciudadanía con el sistema político sino también un efecto de *credibilidad* de éste frente a la opinión pública.

4. Especificidad del miedo

Un factor clave en la legitimidad conferida al orden democrático se sustenta en la capacidad de éste en resolver aquellos problemas que la sociedad experimenta como miedos. Le pregunta se instala por peso propio, ¿a qué le tiene miedo la sociedad? Aquí se puede trazar una distinción entre el temor a las amenazas que atentan contra la integridad física (asaltos, secuestros, torturas, crímenes, violencia institucional) y el miedo ante aquellas amenazas que ponen en riesgo las condiciones materiales de existencia (desempleo, bajos salarios, inflación, pobreza, marginalidad, negación de los derechos sociales básicos, etc.). A esto se suma una serie de temores que no son fácilmente verbalizables, que están ocultos y que refieren a una multiplicidad de situaciones o experiencias personales angustiantes y-o traumáticas. En tal sentido, la omnipresencia del miedo a la delincuencia puede operar como factor obturador de otros

miedos de menor visibilidad pero de no menos importancia: miedo a la perpetuidad de pobreza, a un futuro de negaciones, a la miseria, a transcurrir una vida despojada de emociones, desprovista de sentido, etc. Pero también miedo al ataque a la propiedad privada, a la ocupación de tierras, miedo al *otro* que invade, a la convivencia con el diferente.

Lo que podemos observar en nuestros registros de observación y entrevistas es que el temor al delito es transversal a los distintas clases sociales, pero la naturaleza de ese miedo así como los modos de prevención difieren. En los sectores populares se teme al robo a la propiedad y/o bienes personales, independientemente del valor económico que se pusiera en riesgo en cada caso. El temor por la violencia en un delito se asocia reiteradamente con el vínculo juventud-droga, en particular al “descontrol” de los “chicos drogados”. En los jóvenes la principal preocupación vinculada al temor es la violencia policial. Las respuestas a las experiencias de victimización por parte de los jóvenes entrevistados oscilan entre la resignación, la resistencia y la búsqueda de venganza.

Roberto tiene 37 años y trabaja en un comedor de San Pedro, uno de los barrios más carenciados de la zona de Tigre. Está en contacto diariamente con adolescentes pasibles de involucrarse en delitos menores. Sin embargo, manifiesta su indignación por haber sufrido el robo de un par de zapatillas a tal punto que ante una situación similar no duda en resistirse: “Yo no me voy a dejar robar nada, nunca. La bicicleta no me la van a sacar”.

¿Cómo opera haber sido víctima –directa o indirecta- de una experiencia delictiva en el momento de enfrentar un nuevo intento de robo? El caso de Ezequiel, comerciante de Cuartel V es particular. Su padre fue asesinado cuando le intentaban robar su auto. Tiempo después un joven entró a su negocio armado, lo amenazó y Ezequiel se

abalanzó sobre él, le quitó el arma y lo echó del negocio. Ante el temor por una nueva pérdida (en este caso su propia vida), reaccionó de manera impulsiva neutralizando al ladrón.

Cuando uno ve de cerca el peligro de la muerte empieza a pensar en un montón de cosas. Pensaba en mi viejo, lo mataron así, lo quisieron robar el auto, no sé cómo fue, pero le quisieron robar el auto y le pegaron un tiro. En J.C. Paz.. sabía que me iba a afanar, saqué el arma de la desesperación. Tuve miedo de que me matara, no del robo.

Con todo, la preocupación securitaria comparte con la pobreza, el desempleo y la precarización laboral un mismo nivel en el orden de principales problemas percibidos por estos sectores. Mientras que en las clases medias, tanto de Capital como del Conurbano, el temor al delito se posiciona en un lugar predominante, aunque relativizando la pérdida material y focalizando el miedo en a) la agresión física personal (presente con mucha mayor frecuencia en mujeres que en hombres); b) la agresión física a hijos y/o al entorno familiar; c) la violación; d) la pérdida de la vida; e) la situación de enfrentamiento con alguien “sospechoso”. f) dar información a la policía por su connivencia con el delito. En general se consolida una posición coincidente con los sectores populares en señalar a la desocupación y la pobreza como variables atributivas de la inseguridad, pero se agrega además “la drogadicción en los jóvenes” aun cuando no siempre se establezcan relaciones causales entre ambas variables. La sensación de inseguridad no siempre es verbalizable: Raúl, un empleado público de 45 años que vive en Capital niega sentir temor en la vía pública; pero cuando se le pregunta donde se siente seguro refiere a su casa, “está armada como un verdadero bunker, es imposible que entren a robar”. Vanina es explícita en cambio en focalizar la vía pública como un lugar inhóspito, fundamentalmente de noche: Rara avis entre las víctimas del delito –fue robada en más de diez ocasiones- su vida se fue privando paulatinamente de salidas al

boliche, reuniones sociales y paseos nocturnos. Admite que ha modificado su modo de vestirse, más despojado y sin brillos.

Pero no todos los temores están asociados a una eventual situación de robo. Las opiniones de Marta y Marcela tienen en este punto particular relevancia por la capacidad de incorporar el problema de la inseguridad a una perspectiva más amplia y global, donde se interrelacionan factores históricos, políticos y socioeconómicos. Haber sufrido, a distintas edades, la etapa de la dictadura militar internalizó en ellas el temor a la violencia institucional, el miedo político usufructuado aviesamente para silenciar a la sociedad. La adolescencia de Marcela estuvo signada la experiencia del vivir inseguros: qué lugares frecuentar, con quién reunirse, qué era lo permitido o prohibido en una conversación, qué se podía hacer en el espacio público, etc.

Las reacciones ante una eventual o real situación de delito son heterogéneas. Se coincide en afirmar que el intento de calmar y dar los bienes materiales requeridos en caso que esté en riesgo la vida de un familiar o la propia; pero también se contemplan otras posibilidades como negociar, huir (en la esfera pública) y, en algunos casos, resistirse: así lo piensa Javier, 22 años, San Miguel, decidido a enfrentar al victimario si no tiene revólver y si la relación de fuerzas en términos físicos es pareja. Independientemente de las situaciones hipotéticas en que los entrevistados imaginan la situación de amenaza, las propias narrativas sobre experiencias de robos dan cuenta de reacciones impulsivas y de escaso control.

5. Alteridades. Cartografías y rostros del temor.

La inseguridad, la droga, la “vagancia”, los “pibes chorros” y la prostitución, aparecen como marcas claras de la estigmatización de *La Golondrina* como un barrio como

“pesado”. Para Jorge, que no reside actualmente en La Paloma, *siempre fue un barrio jodido, como decirlo, con mucho robo, había muchos malandras en La Paloma, mucha inseguridad*. En tanto Carlos, que tampoco vive actualmente en el barrio, evoca su época de secundario para recordar que estaba acuñado el término “los palomeros”. *Era sinónimo de quilombero, y había banditas que venían a pegar acá. Siempre La Paloma se la tuvo entre comillas*. No obstante, para Nora, antigua pobladora de La Paloma, esta caracterización negativa debe circunscribirse a una zona determinada:

Hay partes, sectores. Yo vivo en 25 de mayo y España.. Si vos caminás dos cuadras para allá es otro tipo de gente, otra realidad. De 25 de mayo a esta zona, es de terror. Una zona más pobre, más, no sé cómo decirte, y después, San Lorenzo, que era un barrio horrible, ha progresado muchísimo. Pero hay zonas muy marcadas de pobreza. En tanto Guillermo, también zonifica la inseguridad: el paso a nivel, el puente del Talar, donde realmente hay mucha oscuridad, más que nada durante la noche”.

Esta cartografía del miedo al delito no se circunscribe empero al propio barrio sino que se extiende a los barrios lindantes con La Golondrina. Más aún, éste aparece como un barrio tranquilo en comparación San Roberto, San Pablo y, fundamentalmente, esa zona borrosa, lúgubre, acechante que es “el bajo”. El *otro peligroso* se presenta como un intruso, un invasor, como alguien que al no ser vecino viola todo código de convivencia. Esta imaginario fomentado por ese desplazamiento pendular entre rumor y experiencia vivida operó como un temor paralizante en la ola de saqueos desatada en diciembre del 2001.

Pero además de otro “externo”, “invasor”, “de la villa”, se reconoce un otro *interno* corporizado en la figura de los adolescentes y jóvenes que no trabajan ni estudian. A partir del mediodía, varios grupitos circulan por el barrio caminando o en bicicleta; toman cerveza en grupo en las esquinas, fuman marihuana....están, permanecen...escrutan los movimientos para codificar quién es quién en el catastro

barrial. La condena moral aflora cuando el robo es en el barrio. Se tolera que lo hagan en otros barrios pero no con sus propios vecinos, con el comerciante que conocen, con aquél con quien se criaron juntos. El límite de la tolerancia pareciera colocarse en la *ruptura de códigos*, aquellos que permitían sobrellevar una convivencia con tensiones pero sin temores paralizantes: *Antes se veía más afuera, ahora no. Antes decías que eras de La Paloma y...los de acá eran famosos porque iban y robaban y hacían desastres en otros lados. Pero ahora es adentro y fuera del barrio*, señala Nora.

Algunos vivieron la experiencia de ser ese *otro amenazante*. En tal sentido, el caso de Pedro es significativo. Tiene 27 años, nació en Los Troncos, un barrio cercano. Hace tres años que vive en La Paloma pero conoce la zona desde siempre. Empezó a drogarse a los once años y pudo salir de la adicción a los veinte, con un tratamiento de rehabilitación. A partir de los 16, alternó changas y ocupaciones legales de carácter informal con trabajos ilegales, primero robos de poca monta y luego atracos a propiedades y supermercados. Pedro reconoce que lo hacía porque estaba drogado y no le importaba nada. A veces tenía alguna changa de construcción o reparto pero iba *para hacerle la pata a sus compañeros*. Aclara que nunca robó en el barrio y que uno de los códigos era robarle al que tiene, no al que no tiene. Pedro marca una distinción entre su época y la actual en relación con el delito: *yo aparte de andar en la joda, mayormente laburaba. Vivía laburando. Y tanto no me dedicaba. Ibamos más para hacerle la pata a mis compañeros que no tenían laburo. Hoy no hay laburo, no dan fuentes de laburo. La culpa no es de los pibes, es del Estado, del gobierno. A parte la sociedad misma te discrimina, te dicen ése estuvo preso, no le hablés eh, a ver si te contagia*. Con todo, Pedro reconoce que *los pibes hoy por hoy no tiene códigos* y se lo atribuye al incremento en el consumo de drogas. Tanto Pedro, como Jeremías de Barrufaldi ubican

a la policía en el eje de la alteridad. En este sentido, Iván y Ezequiel dan cuenta de la interiorización de un doble estigma: ser morocho y de Moreno:

En Capital le tengo miedo a la policía. Lo ven a uno como medio sospechoso. Si decís que sos de Moreno, fuiste. Piensan que estoy mirando algo para afanarlos, que soy un ratero. La policía piensa que todo el que viene del conurbano a capital viene a afanar (Ezequiel).

En los sectores medios y medios-altos de capital el vínculo entre alteridad y espacio urbano tiene una doble visibilidad: por un lado, en la estigmatización de algunas zonas carenciadas del conurbano y del sur de capital federal. Así, admiten evitar transitar por el *Camino negro*, el *sur del conurbano*, *Dock Sud*, *Ciudadela*, *General Paz al fondo*, *La Boca*, *Lugano*, *Mataderos*. Por otra parte, Asimismo, entrevistados pertenecientes a las clases medias-altas de capital reconocieron como pernicioso el fenómeno de segregación socioespacial propiciado por el avance de los *countries* y barrios privados. Aun cuando en algún caso se reconoció mayor seguridad en estos recintos se advirtió sobre los efectos negativos para la sociabilidad infantil.

Por otro lado, una serie de figuras urbanas se sitúan en una frontera difusa entre el miedo, el rechazo y la desconfianza, revelando la distancia social y cierto prejuicio clasista en algunos casos. Entre esas figuras se mencionan a los piqueteros, cartoneros, jóvenes limpiavidrios, “chicos de la calle”, personal doméstico. Los adolescentes y jóvenes que se ubican en varias esquinas de Capital y el conurbano limpiando vidrios a los automovilistas son percibidos por la mayoría de los entrevistados desde el rechazo por “vagos” hasta el temor por “violentos”. En forma más matizada y con mayor inclinación al rechazo que al temor se nombran a los manifestantes piqueteros. A la inversa, se adopta una actitud más comprensiva con los niños/as y adolescentes que piden en la calle, aunque algunos entrevistados reconocen sentir temor y sofocamiento cuando los abordan, por lo cual tratan de evitarlos. Claudia pertenece a los sectores

empresarios medios-altos de Capital. Revela quizás en su forma más pura el temor al “distinto de su clase” y el rechazo a cualquier interacción social por fuera de su entorno más inmediato: piqueteros, cartoneros, pobres y hasta el personal doméstico vasculan entre el temor y la desconfianza desde su registro perceptivo:

Me tocò estar en una cosa de los piqueteros y me daba muchísimo miedo porque aparte te intimidan con la cara tapada. Y me da bronca cuando escucho en la radio que no pueden viajar los que van a trabajar ... yo los he visto sentados ahì jugando al truco, tomando mate, bailando y me da bronca, porque como que estàn ahì haciendo nada. Y me dio mucho miedo esa vez que tuve que pasar en le medio de la manifestaciòn. Y los cartoneros no me gustan para nada, me parece como que cada vez va màs en aumento.. Acà cerca es còmo que se juntan ahì todos con los cartones, viene un camión enorme, se juntan las familias...(..)No sè, que es lo que me da miedo, pero paso cuando tengo que pasar caminando por al lado de alguno te digo que me late el corazòn...Son todos tranquilos, porque en realidad no hacen nada, pero no sè, me dan miedo, no me gustan, porque en realidad no sè si joroban a la gente. Màs miedo me dan los que limpian los vidrios, porque vos les decís que no y no te escuchan, màs miedo me dan èsos. Hacen lo que quieren. (...)

Aun así, no se percibe en la mayoría de los entrevistados una actitud reaccionaria frente a los individuos carenciados que habitan y circulan la ciudad ni una tendencia hacia la criminalización de la pobreza. La figura del cartonero en varios casos fue diferenciada por sectores medios y medios-altos de Capital reconociendo su esfuerzo por trabajar y admitiendo que en varias oportunidades su presencia en horarios nocturnos les ha “brindado compañía”.

6. Prevenciones, dispositivos disuasivos y mecanismos de regulaciòn.

Múltiples son las precauciones que señalaron los entrevistados, algunas de ellas adoptadas por convicciòn y otras por necesidad o posibilidades. Una primer dimensiòn preventiva la constituyen la utilizaciòn de dispositivos tècnicos para disuadir, neutralizar o disminuir el riesgo de robo. La apuesta por la tecnologìa es defendida casi con fervor religioso por Raül. Confiesa haber construido una arquitectura de seguridad en su hogar, que le permite vivir tranquilo. Pero descarta que esta infraestructura restrinja o limite su libertad de acciòn o la propia cotidianeidad; es obligatorio usarla. Es como

llevar billetera y documentos. “ Sin embargo, al igual que Marcela, no le garantizar mayor seguridad una cabina policial cercana por el grado de exposición. La desconfianza a mecanismos de seguridad tercerizados también está presente en las tácticas empleadas por Marta. Su elemento disuasivo es un gas paralizante, que estuvo a punto de usarlo cuando hace tres años forzaron su puerta. Pero a diferencia de otros vecinos, se niega a poner *Prosegur*, por el tráfico de información que les adjudica a este tipo de empresas de seguridad. Con todo, las posibilidades de contar con dispositivos técnicos para prevenir la inseguridad son diferentes entre los entrevistados de Capital y el conurbano.

En los barrios del gran Buenos Aires, los mecanismos de prevención tecnológicos son acotados: cambio de cerraduras, rejas algún portón, pero no se mencionan alarmas. Cerrar la puerta con llave, no dejar la casa en ningún momento sola, un candado en el portón se constituyeron en prácticas cotidianas. Mientras algunos confían en que con esto es suficiente para sentirse seguro, otros ejercen un mayor control sobre los movimientos de rutina y los hacen extensivos a su familia. Diego, comerciante de La Golondrina, rechaza las rejas porque te quitan libertad y te aíslan del problema, además de generarle un perjuicio económico. Pero trata de que su casa siempre esté en movimiento y organiza los horarios para que salgan en familia: lleva a su mujer a la parada del colectivo, a sus hijos al colegio y luego los pasa a buscar. Concientiza a su hija preadolescente de los riesgos de vestirse en forma provocativa, y evita transitar en el horario de salida de los bailes, *te pueden agarrar y violar*.

En este sentido, nuevamente se percibe un contraste entre los entrevistados de Capital y el gran Buenos Aires respecto de las posibles restricciones en los espacios y horarios de circulación. Tanto Raúl como Marta y Marcela, se sienten seguros en sus respectivas

viviendas, pero disfrutaban del espacio público y no han dejado de frecuentar los lugares que formaban parte de sus círculos de sociabilidad habituales. Marta señala no concurrir a los grandes restaurantes donde realizan considerables recaudaciones o asiste gente con alto poder adquisitivo que pueden ser potenciales víctimas de asalto. Cuando va a algún lugar a cenar con sus amigas, suele llamar un radiotaxi desde adentro del lugar. Para Marcela la situación de las restricciones de horarios y espacios se complejiza al buscar evitar que las precauciones tomadas no vayan en contra de la autonomía de sus hijos. Amit busca transitar calles iluminadas y en lo posible, no salir sólo de noche, puesto que su temor al enfrentamiento se activa cuando no está en compañía de otra persona. Héctor, Claudia, Paula y Sergio, pertenecientes a los sectores medios-altos admiten sentirse más seguros en lugares bajo vigilancia privada, shoppings o barrios con importantes dispositivos de seguridad, como Puerto Madero.

En los barrios del conurbano en cambio está mucho más incorporado el repliegue sobre lo privado y la segregación espacial. Casi todas las mujeres entrevistadas y algunos hombres reconocen no salir de noche porque sus respectivos barrios se vuelven inseguros y tierra de nadie, casi siempre por la invasión de otro externo que proviene de barrios contiguos. Estos a su vez son caracterizados frecuentemente como villas, en las que viven delincuentes o extranjeros (“peruanos, bolivianos, paraguayos”).

Sin embargo, a veces no alcanza con prevenir, sino que se vuelve perentorio negociar con los “sospechosos”. Para Pablo, de La Paloma, la clave está en ser conocido: “yo estoy en la squina, pasan los pibes que andan robando, hola loco como andás, iben, loco, todo bien. No tenés diez centavos? Para qué es? Para comprarme un cigarrillo. Le doy un cigarrillo. Bueno gracias viste y ya te da como una afinidad con los pibes”. Diego, verdulero, mantuvo en un primer momento una posición intransigente con los

adolescentes que acechaban por su negocio, pero finalmente tuvo que negociar pagando peaje ante amenazas de robo y de muerte. El robo permanente por parte de los adolescentes en el barrio es pasible de generar reacciones intempestivas, fomentando mecanismos de regulación que retrotraen a las formas más primitivas de socialización: la venganza violenta. Según Marcelo en el barrio San Pedro, aledaño a La Golondrina, ante el robo reiterado de varios adolescentes en unas pocas cuadras, un puñado de comerciantes y vecinos los localizó y les dio una golpiza. “A veces no tenés otra que darles una paliza”, avala Marcelo. En el otro extremo, entrevistadas como Elsa, prefieren garse la confianza de los chicos que están en las esquinas sobreactuando un saludo, fomentando una conversación artificial o simplemente pidiendo permiso.

7. Incertidumbres, desconfianzas

Ahora bien, el temor no se agota en el delito. La incertidumbre representa otra arista, más oculta, de la inseguridad ontológica. En los sectores populares, la incertidumbre aparece directamente vinculada con el padecimiento de las condiciones materiales de vida: pobreza, desempleo, precarización laboral. En los barrios donde realizamos observación y entrevistas, el desempleo alcanzaba durante el año pasado niveles muy altos, sobre todo en los sectores jóvenes. En referencia a su inestable trayectoria laboral, Pablo, de 27 años, señala que siempre realizó “los trabajos de la clase nuestra, que es el de albañil, trabajos de limpieza... Acá en el barrio las que mas tienen laburo son las mujeres, por los negocios. Acá lo que tiene este barrio es que los hombres se la rebuscan de cualquier cosa. Hay un hombre que vende pan casero, después hay otro que anda vendiendo churros. Mi cuñado sin ir más lejos tiene 17 años y yo hago tortas fritas y ella sale a vender. (...) Gladis, la propietaria del kiosco frente a la plaza es maestra jardinera, pero nunca pudo ejercer en el barrio y tampoco en la zona. Desde hace un

tiempo atiende el kiosco desde el mediodía, pero dice no obtener ganancias, *sólo para pichulear*. Su marido, ex obrero industrial está desocupado y realiza changas de pintura. Para ella, junto con la inseguridad, la desocupación es el principal problema del barrio: *casa por medio hay un desocupado*. Cristian y Claudio tampoco conocieron la experiencia de un trabajo estable y con protecciones. Con 18 años, Cristian buscó trabajo en La Golondrina y en la zona, *hasta me fui a Capital. Pero nada. Si no tenés secundario por lo menos no conseguís nada*.

En los sectores medios, la incertidumbre trasciende problemas como el empleo, la pobreza y la exclusión y se inscribe en un registro más amplio: el futuro del país. Un denominador común entre los entrevistados de clases medias y medias altas es el sentimiento de incertidumbre –en tránsito hacia la frustración– por la falta de un horizonte claro en materia económica y política, “no sabemos hacia dónde vamos”, “no hay un proyecto de país”. El otro sentimiento vinculado con el temor que aparece en el imaginario de los sectores medios y medios altos es la *desconfianza*, fundamentalmente en relación con los niveles de responsabilidad institucional: a diferencia de las clases bajas y medias-bajas donde la policía es sinónimo de violencia y por lo tanto portadora de miedo, en las clases medias y medias altas urbanas no es el miedo sino la desconfianza la percepción que se tiene sobre esta institución. Algunas experiencias biográficas contribuyen reforzar la desconfianza a la policía: “Pertenezco –dice Marta– a un grupo de gente a la cual no hay cosa que le de más miedo que la policía”.

La policía comparte con el poder político un descrédito por partida doble: la corrupción y connivencia con el delito y la falta de eficacia y logros concretos. Este último factor explica por qué varios entrevistados consideran que pierde sentido el esfuerzo por

cumplir impositivamente en el país. En algunos casos, la desconfianza se generaliza a todo el nivel dirigencial: políticos, sindicalistas, empresarios. A pesar de no estar exenta de críticas, la Iglesia aparece como una de las escasas instituciones en las cuales aun se deposita una cuota de confianza.

Otro factor de desconfianza lo proveen los medios de comunicación. La imagen caótica de la ciudad proyectada por la televisión genera un fuerte impacto en los residentes del interior. En localidades de entre 10 mil y 20 mil habitantes como Lobería y Miramar, respectivamente, la inseguridad también se ha constituido progresivamente en una preocupación ciudadana –incluso de novedosas formas de interpelación al poder político y policial local- pero sin los niveles de temor y agorafobia metropolitana. La percepción generalizada es que los problemas acuciantes de inseguridad en relación con el robo pero fundamentalmente con la agresión física y el homicidio residen preferentemente en Capital Federal y el conurbano, reproduciendo una imagen urbana de desorden, caos y descontrol.

El sensacionalismo, el recorte arbitrario de la información sobre un telón de fondo sensacionalista, impactante, superficial y fragmentario está en la base de la distancia crítica que los entrevistados mantienen con los medios en general y la televisión en particular en relación al tratamiento de la inseguridad. En los barrios del conurbano mencionados, la televisión tiene un fuerte poder de penetración, pero no se percibe que actúe como caja de resonancia de las problemáticas asociadas a la inseguridad y la pobreza. El desinterés con que respondieron ante la pregunta por el caso Blumberg fue justificado aludiendo al interés de los medios en recepcionar y ampliar sólo los temas inherentes a los sectores con poder adquisitivo. Los saqueos del 2001 se convirtieron en

acontecimientos donde otra forma de comunicación, portadora de un peligro inminente, se desplegó en las barriadas del gran Buenos Aires: *el rumor*. La eficacia simbólica del rumor de que vecinos de otros barrios y de otros partidos venían a saquear operó como un catalizador del miedo.

Según Mary, comerciante de Solano, *con el tema de los saqueos la gente no dormía. Se generó una psicosis en torno a que de otros barrios venían a robar. Rumores de San Martín, de Fuerte Apache. En “La Matera” es escuchaban tiros. Salimos a la calle, prendimos fuego gomas, llamamos a la policía. Llamamos a los medios pero nadie respondía. La gente estaba enloquecida, unos contra otros. Pero los medios no informaron nada de eso”*.

En cambio, en las clases medias urbanas y en aquellas residentes en pequeñas localidades del sudeste bonaerense, el caso Blumberg fue seguido con atención. Varios entrevistados adhirieron a la marcha, compartieron el reclamo general de justicia del empresarios pero también están de acuerdo en la necesidad de reformar el código penal y bajar la edad de imputabilidad de los menores. No obstante, fueron críticos del rol cada vez más protagónico y multifacético que fue adquiriendo Blumberg a medida que aumentaba su visibilidad y el poder político se hacía eco de sus polémicas demandas. Una minoría de entrevistados cuestionaron el contenido y la propuesta que encerraba su demanda, fundamentalmente el individualismo implícito en los objetivos de la movilización y el reclamo *manodurista*.

8. Observaciones finales

Como hemos intentado señalar hasta acá, el miedo atraviesa todas las clases sociales, aunque su naturaleza, alcance y modos de regulación difieran de un sector a otro. El temor al delito es una presencia constante –y en algunos varios predominantes– en sectores sociales heterogéneos. Si se desagrega ese temor, se podrían enumerar una serie de miedos asociados con la pérdida material, la falta de control sobre la situación, la

agresión física, el maltrato a la familia y en el extremo, la pérdida de la vida. Los jóvenes drogados, portadores de una potencial amenaza violenta constituyen una fuente de temor relevante para varios habitantes de barrios de clase baja y media baja del conurbano. Los jóvenes de estos sectores sitúan a la represión policial como el principal elemento de preocupación a la hora de reflexionar sobre el temor. Los sectores medios enfatizan la cuestión de la inseguridad como uno de los principales motivos de sus temores/preocupaciones, pero localizando el miedo en el delito violento y sus eventuales consecuencias que en la pérdida material propiamente dicha.

Focalizar el miedo en determinadas figuras, rostros, portadores, contribuye a encauzarlo y, de ese modo, tener mayores posibilidades de prevenirlo mediante la evitación, la distancia o en el peor de los casos, la negociación. Pero ese otro es complejo y multiforme. Si en los sectores populares la relación de alteridad se edifica, diferencialmente, con la policía, el “chorro que viene de afuera” y el propio joven, vecino, que rompió el código de no robar en el barrio, en los sectores medios y medios-altos la “otredad” incluye, en mayor o menor medida, a piqueteros, cartoneros, chicos y adultos que piden limosna, adolescentes y jóvenes limpiavidrios. Con ellos se construye en algunos casos una relación de exclusión social y simbólica; en otros, un vínculo de desconfianza, en tanto ésta expresa una relación social.

Como sentimientos colectivos, la incertidumbre y la desconfianza aluden también a una dimensión temporal del miedo. La primera revela un desacople y/o ruptura entre *pasado y futuro*. La movilidad social descendente experimentada por ciertos sectores de clase media como producto del desempleo, la precarización y el deterioro salarial, que a su vez agudizaron las condiciones de vulnerabilidad de los sectores más carenciados,

forjan un horizonte futuro a todas luces incierto, cuando no fatalista y resignado. La segunda, nombra por un lado una disminución y/o constreñimiento de los vínculos personales y los espacios y lugares transitables, en el *más puro presente*. Pero también manifiesta el desencanto de amplios sectores por el funcionamiento institucional y dirigencial, desde la policía, pasando por los poderes corporativos, hasta llegar a las instancias políticas responsables del rumbo del país. En esa gradación de descréditos se deposita cierto sentimiento de *frustración*, que late en el imaginario de los sectores medios urbanos.

6. Bibliografía

-Barbero, Jesús Martín (2002b), “La ciudad: entre medios y miedos” en Rotker, Susana (editora) *Ciudadanías del miedo*, Nueva Sociedad, Caracas, 2000.

-Beck, Ulrich (1997), “Teoría de la sociedad de riesgo” en Beriain, J. (comp.) *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*, Anthropos, Madrid, pp. 201-222.

-Castel, Robert (2004), *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?*, Manantial, Buenos Aires.

----- (1997) *La metamorfosis de la cuestión social*, Paidós, Buenos Aires, Prólogo y Conclusión: El individualismo negativo.

-Delemeau, Jean (2002), “Miedos de ayer y de hoy” en AAVV *El miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*, Corporación Región, Medellín.

- Giddens, Anthony (1997), Vivir en una sociedad postradicional en A. Giddens, y S. Lash, *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid, Alianza Editorial.

-Kessler, gabriel (2005), *Miedo al crimen: campo de investigación y preocupación política*, en Oficios Terrestres, Buenos Aires.

-Kessler, Gabriel (2004), *Sociología del delito amateur*, Paidós, Buenos Aires.

-Kessler, G. (2002): “Entre fronteras desvanecidas. Lógicas de articulación de actividades legales e ilegales en los jóvenes” en Kessler, G. y Gayol, S. (comp.)

Violencias, delitos y Justicias en la Argentina, Ed. Manantial/Universidad Nac. De Gral. Sarmiento, Buenos Aires.

-Lechner, Norbert (1989) Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

-Luhmann, Niklas (1998), Sociología del riesgo, Triana, México, Cap 1: el concepto de riesgo.

-Pegoraro, Juan (2003), “Una reflexión sobre la inseguridad” en Argumentos 1, Buenos Aires.

-Reguillo Cruz, Rossana (1998), “Imaginarios globales, miedos locales. La construcción social del miedo en la ciudad”. Ponencia presentada en el IV Encuentro de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación. ALAIC. *Ciencias de la Comunicación: Identidades y Fronteras*. Grupo de Trabajo “Comunicación, identidad y cultura urbana. Universidad Católica de Pernambuco, Recife, Brasil.

-Rotker, Susana (editora) (2000) Ciudadanía del miedo, Nueva Sociedad, Caracas.

-Rosanvallon, Pierre (1995), La nueva cuestión social, Buenos Aires, Manantial, Cap. VII: La individualización de lo social.

-Svampa, Maristella (2000), Desde abajo. La transformación de las identidades sociales, Biblos, Buenos Aires, Introducción, pp, 9-24.

-Villa Martínez, M. I, Sánchez Medin, L. A. Y Jaramillo Arbeláez, A.M. *Rostrros del miedo. Una investigación sobre los miedos sociales urbanos*, Medellín, Corporación Región, 2003.

